Rusia en el siglo XXI. La extraña potencia

Este libro es una narración que más que ficción encierra un análisis de la experiencia soviético-rusa desde 1991 a 2021. Año este último en el que el actor concluyó su obra.

Giuliano da Empoli.

El mago del Kremlin.

9ª edición. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Seix Barral, 2026.

336 páginas.

*El mago…*acompaña a otros trabajos de da Empoli acerca de nuevas formas de manipulación de la "opinión pública". Lo que comprende la construcción de realidades "virtuales" que pueden parecer más auténticas que la verdad, redes sociales y algoritmos mediante. Sobre el sustrato de un orden capitalista que cruje. Y una democracia representativa cuya legitimidad se deshilacha.

En esa dirección va el anterior, *Los ingenieros del caos*, de 2019. Y el más tardío *La hora de los depredadores.* Éste de 2025, centrado en la supremacía política de los magnates de Silicon Valley. Los potentados tecnológicos ponen a su merced a quienes emanan del voto popular. Sin fuerza ni tampoco voluntad para contrarrestarlos. Desarticulan así cualquier idea de "soberanía popular".

Un interrogante que se dibuja con la lectura del libro es por qué esta vez escogió la realidad rusa. Allí donde se desenvuelve un liderazgo no sencillo de encasillamiento en los bordes de la extrema derecha. Tal vez justo porque al suizo italiano no le interesa tanto la configuración ideológica como el modo de diseño de figuras públicas y el manejo de la comunicación.

En esos campos el parentesco entre Vladimir Putin y, por ejemplo, Donald Trump, se ensancha. Incluso llegó a tornarse verosímil que el dirigente ruso haya influido, operaciones secretas mediante, en triunfos electorales del millonario neoyorquino.

Recorre la trama el transcurso desde el derrumbe del "socialismo real", en medio del fracaso de las reformas conocidas como "perestroika". Un sistema que se desplomó bajo presión del poderío estadounidense. El que contó con las facilidades otorgadas por una tentativa de cambio que partía de la abdicación frente al armado imperial. Nadie se jugó la vida por el sistema.

El relato arranca en la época de Boris Yeltsin. Éste fue un subproducto del sistema soviético que se arrojó desde las supuestas convicciones socialistas a la subordinación absoluta al poder del capital. Y a la acelerada construcción de elites entre empresariales, políticas y abiertamente mafiosas.

De sus páginas emana evidencia de que el investigador hurgó en el pasado ruso-soviético cercano y más alejado en el tiempo. Conduce al lector por la fascinación ante lo grandioso que a menudo bordea lo terrorífico: El desbocamiento del poder, la generalización y continuidad del uso de la violencia. La deferencia ilimitada hacia el poseedor de los recursos que facilitan el ascenso.

Los días de Yeltsin.

Bajo la forma narrativa de esta "no ficción" bulle una prolongada investigación en torno a la historia reciente. Los personajes históricos son en buena parte mencionados con nombre y apellido. Más allá de los aspectos familiares o íntimos del relato, lo que se cuenta tiene correlato con el pasado reciente de Rusia. Hay muy poca ficción.

El "mago" del título es al inicio de la novela un joven bohemio, Vadim Baranov. Con aspiraciones de autor teatral. Que vive de modo intenso la ebullición de la juventud rusa ante las posibilidades inusitadas para ellos que abría la acelerada conversión de la Rusia soviética en una sociedad capitalista.

Objetos de consumo que nunca habían ingresado se hacían accesibles para quien pudiera pagarlos. Las modas "occidentales" consuman su potente ingreso al mercado ruso.

El arte y la literatura reciben asimismo nuevas influencias y vieron abrirse horizontes desusados. La censura ya no existía, al menos no en su forma anterior. Libros, películas, canciones vedados hasta ayer podían leerse, escucharse, vivirse. A plena luz. Un "destape" que abarcaba a las relaciones afectivas. Lo que generaba una euforia renovada que podía arrastrarse hasta el amanecer.

Baranov no es un hombre de la política. Quiere ser un artista de vanguardia. Conquista a una mujer fascinante y luego la pierde. Toma entonces caminos más lejos del arte y más cerca del poder político. No es su perfil el de los multimillonarios casi instantáneos. Al contrario, uno de ellos le roba a su pareja.

El de Yeltisn fue un nuevo régimen que, con un barniz "democrático" encubrirá el timo generalizado hacia el patrimonio material y cultural del Estado de pretensión socialista que se desmantela.

En medio de cierto júbilo por las nuevas libertades se instaura una sociedad que tiene entre sus rasgos fundantes un veloz y muy acentuado avance de la desigualdad. Millones de empleos son triturados, el espacio público se mercantiliza. Los precios de medicamentos, del pan, del transporte público y otros servicios se disparan.

En ese contexto plagado de contradicciones e injusticias flagrantes se desenvuelve el sombrío período de Yeltsin como presidente. Un "comunista" pasado al bando capitalista, atravesado por desbordes en los que el alcoholismo juega un rol fundamental.

Éste es aún mandatario cuando el protagonista pasa de sus búsquedas teatrales al oficio más modesto de productor televisivo. A la vez más redituable en términos económicos.

Una de las claves que el protagonista-narrador proporciona es un notable cambio de prioridades. Según él en el sistema soviético la posesión de dinero y la propiedad de bienes no ocupaba un sitio prioritario.

Valía más el disfrute de privilegios y prebendas, la cercanía con el poder político y las burocracias a su servicio. Los signos de "pertenencia" no incluían en lugar central al consumo ostentoso o el patrimonio desmesurado.

No es da Empoli original en ello, señala todo el tiempo la "grisura" del sistema soviético. Característica compatible con el padecimiento de quienes fueron los perdedores del cambio. Los desposeídos de un conjunto de certidumbres y garantías que se pierden en la vorágine de la restauración capitalista.

La soviética era pese a todo una sociedad sin desempleo y con los bienes y servicios más básicos asegurados. Sino para toda al menos para la mayor parte de la población.

Una tesis de Baranov es que el "alma rusa" tiene rasgos decisivos inasimilables por "occidente". Más de una vez trae a cuento la circunstancia de que Lenin o Stalin son aún hoy figuras nacionales de elevada popularidad.

Junto con personajes del pasado lejano como Iván el Terrible o Pedro el Grande. Todos ligados a una idea de la grandeza rusa no dominada por los parámetros "occidentales" acerca de libertad y democracia.

La apertura de la era Putin.

Rusia abre el siglo XXI con un retorno a cierto esplendor luego de años de humillaciones. En 1999 Putin es designado primer ministro, ante el irrevocable ocaso de Yeltsin, aún presidente.

Son múltiples los contrastes entre ambos líderes. El primero está sumergido en un envejecimiento precoz, una pérdida de conciencia que lo torna en un juguete de sus colaboradores. La televisión rusa lo "salva" con alguna aviesa puesta en escena. Y casi al mismo tiempo le busca un reemplazante que sea su contracara casi perfecta.

Joven, sobrio, deportista, lúcido sin ser intelectual, nacionalista sin fanatismo. Pragmático sin la crueldad inscripta en la piel. Sí semiolculta en las motivaciones de sus actos.

El hombre formado en la KGB impulsa su particular concepción de renacimiento de una sociedad desarticulada por las reformas de Mijail Gorbachov y la furiosa ruptura encabezada por Yeltsin. Ya no está el Estado soviético. Los servicios secretos lo han sobrevivido.

De sus entrañas surge Putin, el nuevo zar. Sin escrúpulos éticos. Sí con objetivos claros que intenta se confundan con los de la nación y el Estado ruso. Con un talento político que se expande fuera de los pasillos sórdidos en los que anidaba para desenvolverse en la esfera pública.

En esos días está ya cerca suyo Baranov. Venido del exterior de la política, como ya escribimos. Intelectual antes que militante. Experto en comunicación más que entendido en los entresijos del poder. Habita un lugar y un momento en el que las condiciones son de excepción. Muy aptas para abalanzarse sobre el centro de la escena desde posiciones casi marginales.

Antes de eso, el "mago" nos lleva hacia atrás, a los días de su abuelo y su padre. El primero un solitario contrario al régimen soviético y añorante del pasado zarista. Régimen que venera como territorio propio de una cultura perdida.

Su padre fue en cambio un funcionario del Estado soviético. Un hombre que trabajaba a la espera de las módicas recompensas que otorgaba el sistema. La casa, el auto, la *dacha* para el descanso. Un salario que permitía cierto desahogo, una jubilación satisfactoria. Hasta un entierro digno. Antes de morir, desarticulado el mundo que lo acogió por décadas, lo pierde todo o casi todo.

Como su superior, Baranov es consciente a la vez de lo indispensable de que las y los habitantes de Rusia no se vean defraudados una vez más. Su íntimo colaborador se ocupa del vuelco a la palabra y sobre todo a la imagen de la saga del resurgimiento de una nación grande entre las grandes.

Putin no acepta que lo traten como si fuera el gobernante de un país menor. El suyo es el más extenso del mundo. Con una gran población. Petróleo y otros recursos vitales en abundancia. Y armas nucleares en cantidad. Una sociedad que no quiere arredrarse frente

a EE.UU y la OTAN, como sí hizo el timorato Gorbachov. Y por otras razones, los privatizadores de la década de 1990.

El "mago" contribuirá a la construcción de la imagen de Putin como un restaurador de la grandeza perdida. Un reparador de los entuertos causados en los primeros años de la implantación plena del espíritu mercantil y la acumulación desenfrenada. El hombre destinado a poner límite a la expansión desenfrenada de los "oligarcas". A esos "reyes del mercado

Sus formas son algo más austeras o al menos más sagaces y disimuladas que las de antes. Encarcelan a mafiosos en medio de escándalos de corrupción ofrendados a un público ávido de consumirlos. Para sustituirlos por otros mafiosos que instauran más lejos de la mirada pública su impiadosa prosperidad y sus paraísos del lujo.

Importa lo que se ve. Los Mercedes a toda velocidad por las calles moscovitas son reemplazados por helicópteros. Que transitan lejos de la atención masiva y la indagación periodística. El privilegio ofende cuando irrumpe ante nuestros ojos. Cuando posterga y doblega sin mediaciones ni atenuantes. Trata ahora de no hacerlo así.

Es un texto que trata el fin de una época y el accidentado comienzo de otra. Un tiempo visto a través de personalidades fuertes, ambiciosas. "El zar" emerge de entre la confusión para reponer valores con vigencia de siglos. Se debe al poder propio, que construye y se encarga de mantener.

Sigue signado por su pasado de espía. Su prolongado paso por la Lubianka no es para él una marca a ser superada sino una seña de identidad que defiende sin ningún signo de pudor o arrepentimiento de nada.

Además tributa a una idea de nación que entronca con las creencias más profundas de una masa humana que respalda la instauración de un orden. De una autoridad indisputada cuya legitimidad tiene raíces más profundas que los triunfos electorales.

La reivindicación del socialismo no tiene allí un lugar. Lo que se exalta es la reposición de Rusia en un lugar de poder. Con sus tradiciones. Y la forma de ver el país y el mundo que vienen de lejos. La tierra de Stalin y sus habitantes anhelan un lugar de preeminencia al menos comparable al imperante mientras duró el mundo bipolar. Hacia allí marcha el "zar".

Ahora Ucrania.

Se ha señalado en abundancia que el autor del libro presagió con notable precisión el cercano devenir del conflicto ruso-ucraniano, desatado en su forma de guerra internacional abierta un buen tiempo después del final de su escritura.

Putin sale en defensa de la pertenencia a la misma patria de ambos países. ¿Acaso la sede del poder de la primera Rusia no fue Kiev, luego capital de Ucrania? ¿No hubo una permanencia de siglos compartida en el imperio zarista, con pareja devoción a los emperadores "de todas las Rusias"?

Advenido el sistema soviético, dos de sus líderes procedían de Ucrania, Nikita Jruschov y Leonid Brezhnev.

EEUU y la OTAN quieren erradicar de allí la influencia rusa. Pretenden la anulación de las facciones políticas de Ucrania que optan por Moscú antes que por Washington o Bruselas.

Putin se siente hostilizado, provocado. Se pretende acorralarlo. La nueva-vieja Rusia no se dejará intimidar. Al contrario, pasará al ataque. Procura una muestra definitiva de que nada trascendente puede hacerse en espacios de la antigua U.R.S.S. sin su aquiescencia.

Según "el zar", y Baranov lo convalida, la patria de Alexander Nevsky está hecha para estructuras de poder verticales, sobre liderazgos fuertes y personalizados. Su lugar en el universo se ha percudido por la irrupción de la "horizontalidad".

Con resultados tan deletéreos como la aparición de la violencia mafiosa. La que dirime a balazos sus discrepancias en medio de una impúdica acumulación de riqueza. Una vida en que lo material, la moneda, decide, con mucha frecuencia de la mano de la violencia sin ambages.

El papel de Baranov como principalísimo asesor del "zar" Putin está ligado sobre todo a sus cualidades en materia de comunicación. No es un integrante del gobierno, no tiene un cargo bien delimitado.

Es el que hace pasar la mentira por verdad o viceversa, hasta hacerlas indistinguibles. El que troca lugares reales por falsos decorados que pasan por verdaderos. Quien trasmite una imagen idealizada de la potencia rediviva de la patria rusa.

Al mismo tiempo es un hombre con aptitud para la independencia de criterio. Excede el lugar del mero adulador, de quien sólo sabe o desea dar respuestas afirmativas.

Tanto Putin como Baranov se mueven en los claroscuros. Anulan ciertas instituciones. Y restauran otras para ponerlas al servicio del orden nuevo. Del retorno al lugar de poderío y hasta de prestigio. El de aquellos días de Stalingrado o de la llegada de Yuri Gagarin a la luna. Porque no mucho más atrás, cuando se empujó a Napoleón a la retirada.

Ahora se jugará en el dominio sobre el Donbás esa vocación rusa por alzarse desde posiciones de fuerza a controversias que se expanden sobre el plano del mundo. No la frenarán las sanciones económicas. Ni las restricciones para compras y viajes. Tampoco la posibilidad de una guerra cruenta y extendida en el corazón de Europa.

De Rusia a Argentina.

Periodistas y otros observadores argentinos han asignado el apodo de "mago del kremlin" a Santiago Caputo. Poder en áreas sombrías, construcción de mensajes equívocos. Ausencia de cargos formales y de aspiraciones en la política electoral.

Edificación de un líder al que, una vez erigido, se lo sirve sin mayores matices. Sólo descontentos silenciosos y algún acto aislado de rebeldía. Aptitud para la producción de algunos reajustes en las decisiones del poder, sin dejar de depender de ellas.

Una diferencia relevante está dada por el tipo de líder al que sirven. Putin es un nacionalista. Pretende la recreación en el presente de un pasado ilustre que reponga a su país en un lugar de preeminencia. En el concierto internacional no es un adherente sino un rival de EE.UU.

Para él la victoria "yanqui" en la guerra fría no fue tal. La Unión Soviética cayó bajo el peso de su enorme burocracia anquilosada. No por ninguna genialidad estratégica o táctica de la conducción estadounidense. Después de la agonía soviética y el farsesco interregno Yeltsin, puede levantarse un orden capitalista no privado de sentido nacional. Ni de cierta percepción de equilibrios que no serán violados de manera gratuita.

En la mirada de Javier Milei el destino de Argentina está atado al de la potencia estadounidense. Máxime si esa superpotencia tiene un gobierno ultraconservador. Aún así, el "león" quiere alzarse con un lugar de prestigio de escala internacional.

Hasta busca pasar a la historia con el "bronce" conferido como implementador de grandes "reformas de mercado". Sin embargo ese rol fundacional se estructura bajo el ala del norte. Ni siquiera necesita una política exterior propia. Procura el disciplinamiento de la sociedad argentina para a su vez subordinarla al faro del capitalismo mundial.

Dada la relativa pequeñez y limitación de miras de su jefatura, el "mago" argentino luce casi irrelevante frente a su par de Moscú. Queda por verse si dará alguna vez un paso al costado o acompañará al comando hasta el final.

Da Empoli no ha vivido, trabajado ni dado clases en Moscú o San Petersburgo, como se podría suponer. Ha elegido al país de León Tolstoi como un campo de experimentación.

El escenario para poner a prueba conceptos que con toda probabilidad desenvuelve desde la teoría en sus conferencias en el Instituto de Estudios Políticos de París. Y en las disertaciones en el *think tank* que dirige en Milán.

Lo han cautivado los maestros de la manipulación por medio de las emociones. Quienes reflotan un sentido conservador e incluso reaccionario del patriotismo. Personajes ideales para los roles de "eminencia gris" o "monje negro"

No buscan los primeros planos. No anhelan un ministerio, menos aún la presidencia. Quieren estar ahí mientras se cuecen nuevos proyectos políticos y se entroniza a los "jefes" que serán encargados de conducirlos a la victoria o se hundirán en la tentativa de hacerlo.

Entre otros elementos encarnan una nueva oleada de expropiación de la voluntad popular. No creen en partidos de larga data ni en libertades públicas intangibles. Derriban elites rapaces para constituirlas nuevas, con voracidad comparable.

El autor los ha colocado en un escenario "eterno" y a la vez volátil. Pletórico de poderío al tiempo que acosado por signos de endeblez que pueden ocultarse sin ser derribados.

Con escritura directa y estructurada en capítulos breves, la obra cautiva al lector. No invita sin embargo a una lectura apurada. A veces cada párrafo refleja una clave para la mejor comprensión de la época, el lugar y los personajes. E invita a un recorrido parsimonioso, atento a los detalles. A esa sustancia rusa que a veces es un paisaje auténtico y otras un tinglado

En ocasiones el escritor cede ante la tentación de hacer frases felices. De esas que pretenden ser memorables y a menudo no lo consiguen. Rasgo que no empaña el conjunto de la obra.

En esta ocasión Rusia es una puesta en escena, todo lo trascendente que se quiera, para la exhibición de un estado de cosas en la política mundial. Es además un libro sobre "el zar". También un ensayo en torno a los "asesores" y "expertos" que orientan el discurso y la comunicación de líderes asentados no sólo en *fake news* y actitudes altisonantes.

Articulan con prejuicios inveterados. Con creencias poco estimables en términos de racionalidad pero con un arraigo difícil de ser contrarrestado. Con esa base los nuevos liderazgos conjugan los rasgos ultraconservadores con las pretensiones supermodernas.

En la media sombra se mueven quienes saben hacerse o creerse indispensables. Lejos del escrutinio público. Demasiado cerca de las decisiones relevantes.